

# EL DRAMA DE LAS LAPAS Y LAS OSTRAS



Los holandeses — gente que hace bien las cosas — tienen una industria ostrícola floreciente. Son tan cuidadosos, a lo que se advierte, de los moluscos como de las vacas, aunque nosotros sólo les admiremos por éstas, o por sus suculentos productos lácteos.

Cultivan la ostra conforme a los dictados de la ciencia. Procuran protegerla contra sus enemigos, que no son precisamente los que podrían inspirar medidas defensivas en la ensenada de San Simón o las playas altas de la ría de Arosa. En tal categoría no entran allí ni las infecciones residuales ni la extracción exhaustiva. El enemigo público de la ostra en los vigilados parques del Escalda oriental, parece ser la prolífica "Crepidula fornicata", llamada en romance costero lapa.

Entre nosotros es un ser feliz e inofensivo, considerado en sí mismo. Se le descubre en las bajamares, pegado al cantil, aislado en su concha monticulada, ni envidiado ni envidioso. Posiblemente esconda también su apetito para saciarlo en incipientes mejillones o en otras especies sedentarias con las cuales convive, pero no ha cometido hasta ahora ostensibles desafueros dentro de su medio propio.

Holanda, en cambio, se siente alarmada ante los estragos que el insidioso "slipper" causa a su industria ostrícola. Invade los viveros, dispuestos con elementos fijativos de las ostras jóvenes, y éstas constituyen el tierno manjar preferido por las duras lapas. La multiplicación del pernicioso animal llega a cifras astronómicas. Se cuenta que durante la guerra última sólo una fábrica de Arnhem extrajo más de 25.000.000 de kilos de lapas para aprovecharlas en la obtención de albúmina.



Para un país de tan acreditada buena fe como el que ha arrancado a la mar 210.000 hectáreas de terreno, para levantar molinos de viento y cultivar tulipanes, el drama de las ostras y las lapas debe resultar, sin duda, impresionante. Pero, ¿qué dirían los holandeses, aunque no soportaran tanto destrozo en sus cotos ostreros, si descubrieran que el mal ejemplo de la lapa había contagiado al hombre?

Es deplorable que el pernicioso parásito marino, por sus características de adhesividad y avidez, combinadas a una desorbitada fecundidad, destruya la paciente obra del ostricultor neerlandés. La desgracia, sin embargo, aun podría adquirir más desagradables caracteres, si tales hábitos hubiesen ganado carta de naturaleza en la especie humana, donde también es posible contemplarlos sólidamente instalados, y donde los efectos del parasitismo, la voracidad y la proliferación suelen producir otra clase de dañosas consecuencias.